Washington Irving, biógrafo de Colón

En *The Sketch Book* (El libro de los bosquejos), publicado en 1819, Washington Irving, nacido en Nueva York en 1783, empieza por darnos unos datos autobiográficos que van a explicar gran parte de su obra. En el capítulo titulado «Del autor acerca de sí mismo» dice: «Siempre me gustó visitar nuevas comarcas y observar nuevas costumbres y personajes extraños. Siendo todavía niño, comencé mis viajes, hice muchos descubrimientos y giras en lugares extraños y regiones desconocidas de mi ciudad natal... Un largo día de verano, me aventuré hasta la cumbre del cerro más remoto, desde donde tendí mi mirada sobre muchas millas de *terra incognita*; me sorprendí al descubrir cuán vasto era el globo que habitaba.

Esta inclinación a la vida errante se fortificó con los años. Me aficioné muchísimo a los libros de viajes...»

Si Humboldt fue el viajero científico, Washington Irving es el viajero literario. A finales del XVIII, para algunos espíritus ilustrados, el viaje es la posibilidad de un enciclopedismo vivo, pues no bastan los libros. Hay que verlo todo con los propios ojos. Al mismo tiempo, en una época en que la Ilustración se entremezcla con el prerromanticismo, el viaje supone el anhelo hacia regiones exóticas, hacia mundos lejanos y desconocidos, y a la vez hacia lugares del pasado, de evocación nostálgica. Irving, viajero precoz, muy pronto sigue el curso del río San Lorenzo y llega a Montreal, y a los diecinueve años embarca para Europa. Los motivos del viaje responden al deseo propio y al de su familia, que protege su delicado estado de salud, proporcionándole una distracción reconfortante: el viaje como terapéutica.

El joven Telémaco se encamina a Europa y allí conoce a los grandes hombres, como es su ardiente deseo. Dice Irving en el mismo prólogo ya citado de *El libro de los esbozos*: «Europa era rica en tesoros del tiempo. Sus ruinas contaban la historia de los tiempos idos, y cada piedra desgastada era una crónica. Suspiraba por deambular en los escenarios de la historia, recorrer los caminos de la Antigüedad; vagar en torno del castillo en ruinas; meditar al pie de la torre caída: en pocas palabras, escapar de las vulgares realidades del presente y perderme entre las muchas grandezas del pasado.

Además de todo esto, tenía un ardiente deseo de conocer a los grandes hombres de esta tierra.»

W. Irving viaja por Francia, por Inglaterra. Regresa de nuevo a Norteamérica, aunque ya inficionado por el veneno del viaje. Retorna a Europa. A su regreso vive intensamente la vida de Nueva York y escribe *A History of New York*, que le da mucha fama, así como sus artículos periodísticos en *Salmagundi* y en el *Analectic Magazine* de Filadelfia.

La atracción del viaje le hace regresar de nuevo a Europa en 1814, con el pretexto

de vigilar los negocios familiares en Liverpool, que hacen quiebra. Definitivamente, Irving se va a dedicar plenamente a la vida literaria y al vagabundaje por el mundo europeo: «Por mi buena o mala fortuna —dice— pude dar satisfacción a mis deseos de vagabundo. He caminado por diferentes países y contemplado muchas de las cambiantes escenas de la vida.»

Desde ahora en adelante, W. Irving será el viajero elegante, culto, que con el lápiz en la mano tomará notas de todo lo que ve: cuadros de costumbres, tipos humanos, paisajes, acontecimientos. Todo ello pasará a sus libros. En 1822 residirá en Dresde, después de haber pasado temporadas en Inglaterra y Francia. Visitará Viena y Leipzig. Publica *Bracebridge Hall* y en 1824 *Tales of a Traveller* (Cuentos de un viajero).

Muda de país y muda de sociedad y en todas se encuentra a gusto. Sus libros se traducen y su fama aumenta. Conoce a «los grandes hombres», como es su deseo, y se relaciona con ellos. El mismo se está convirtiendo en un gran hombre, como escritor norteamericano famoso.

El viajero literario es incansable: recorre todas las comarcas, visita los museos, los monumentos; asiste a los bailes y a las fiestas diplomáticas y a los festejos callejeros. Hoy diríamos que es un turista, un turista escritor. Con él se inicia la moda del norteamericano viajero que viene a Europa, y que pasa por Edith Wharton, Henry James, Scott Fitzgerald, y no acaba en Hemingway, porque los norteamericanos siguen sintiendo la fascinación de Europa. Irving se está convirtiendo en un *traveller man*.

Los libros de viaje están de moda. El diario de viaje es imprescindible. Nunca se publicaron más libros de viaje que en estos años. Son el equivalente a nuestros documentales filmicos. El buen escritor que publique un libro de viajes tiene el éxito asegurado. Si además el viajero es un entusiasta como W. Irving y disfruta viajando, el producto literario resulta sumamente atractivo.

La posibilidad de conocer España se le ofrece al viajero, según parece, de manera casual, aunque esta casualidad sea provocada por el deseo intenso de W. Irving de viajar a España. A principios del año 26, el 30 de enero, Alexander H. Everett, ministro norteamericano en Madrid y amigo de Irving, le escribe a París para ofrecerle un puesto de agregado a la Legación. Irving registra la noticia en su diario: «Received letter from Mr. Everett attaching me to Embassy at Madrid. Inclosing passport and proposing my translation voyage of Columbus.»

La afición por las cosas de España nació en Irving muy pronto, cuando tenía once años. En los *Cuentos de la Alhambra* Irving así lo confiesa: «Desde muy niño, cuando leí por primera vez a orillas del Hudson las aventuras de la historia de Granada, de Ginés Pérez de Hita, apócrifa pero romancesca, y las luchas entre sus señoriales y valerosos zegríes y abencerrajes, Granada ha sido siempre el objeto de mis sueños.» Irving había estudiado español y conocía perfectamente a los clásicos, sobre todo a Fray Luis de León y a Calderón.

En 1825, don Martín Fernández de Navarrete, director de la Academia de la Historia, publica una *Colección de los viajes y documentos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. A. H. Everett, que además de diplomático era escritor, le propuso a W. Irving la traducción de tan importante compilación documental, con el fin de proporcionar a los lectores norteamericanos información acerca del Nuevo

Mundo. En Norteamérica el interés por todo lo referente al descubrimiento era enorme, y el entusiasmo era también creciente por todas las cosas de España. Hay que considerar que el hispanismo era una forma de patriotismo norteamericano. Todavía hoy puede comprender este interés quien haya viajado a California, a Florida y a otros lugares de origen hispánico, donde todavía domina el bilingüismo, no obstante los denodados esfuerzos del gobierno actual norteamericano por destruirlo.

La simpatía por todo lo español era tan notable, que cualquier libro o documento sobre el descubrimiento debía ser inmediatamente comunicado al pueblo norteamericano. Añádase a esto que, en su mayor parte, estos documentos se referían a viajes, y los viajes, como ya hemos dicho, estaban de moda.

W. Irving acepta y emprende el viaje de París a Burdeos. Los diarios y el extenso epistolario de Irving nos informan de su viaje a España. En febrero de 1826, en carta a su amigo T. W. Storrow, en cuya casa había vivido en París, le dice que ha conocido a Moratín en el exilio. Pocos días después, monta en la diligencia de Bayona, pasa por San Juan de Luz y entra en España por Irún. Describe el camino: pasa por Vergara, Vitoria y Burgos. Se aloja en la Fonda del Angel, en la calle de la Montera, a un paso de la Puerta del Sol.

Y pocos días después, Everett le conduce a casa del caballero Obadial Rich, cónsul americano, coleccionista, bibliófilo que posee una biblioteca hispanoamericana riquísima que incluye manuscritos y cartas (tenía manuscritos de comedias de Lope y cartas de Hernán Cortés), casa situada en el paseo del Prado, cerca de la calle de Alcalá, y allí le deja instalado. Allí empieza W. Irving a traducir los libros de Navarrete. Encerrado en aquella gran casa, cuyas ventanas daban a un pequeño jardín, dando vista a verjas de hierro, Irving goza del silencio, como en un claustro, y a esta ilusión ayuda la campana de un convento vecino.

W. Irving escribe a T. W. Storrow: «El pequeño jardín que veo desde mis ventanas está cubierto por verdes frondas y las rosas comienzan a abrirse. No me molesta la sociedad. No como jamás fuera, a excepción de algunas veces con Mr. Everett, y tampoco acudo a *parties* molestos. Doy un paseo por el bello jardín del Retiro por la tarde, es toda mi distracción, después del cual suelo tomar el té con la familia de Mr. Rich, en el ala contraria de la casa, y me acuesto antes de las diez.»

Washington Irving trabaja intensamente. Tiene necesidad de dinero y también de fama. Desde hace tiempo la sensación de declinación melancólica le ha hecho decir: «The romance of life is past.» La muerte de su amada Mathilda Hoffmann en otros tiempos, y el reciente fracaso en París al solicitar a Emily Foster, le hacen ver que debe dirigirse hacia otros objetivos en la vida. Ya es tarde. Habiendo cumplido cuarenta años, debe realizar una gran obra.

En abril de 1826, apenas dos meses escasos de trabajo, Irving, de pronto, cambia de opinión. Encuentra muy seca la sola traducción de estos documentos de Navarrete, falta lo narrativo y la anécdota y el sentimiento. Dándole vueltas a la cabeza, a fuerza de pensar, Irving decide escribir la vida de Colón. Esa masa de documentos con la que se encuentra y tiene que traducir, va a resultar pesada e indigesta. El, como escritor, quiere hacer algo para el gran público, un libro ameno, un relato literario e histórico. Y concibe la biografía de Colón como un libro de viajes, algo así como

«vida y obra». Va a titular el libro *Vida y viajes de Cristóbal Colón*. Esa será su gran obra. En su diario apunta todos los días: «Colón», «Colón todo el día», «Todo el día Colón».

Empieza a trabajar a las cinco de la mañana. Su hermano Peter le ayuda y copia documentos. A fines de abril está ya muy cansado de esta vida de encierro y de trabajo. En mayo hay días que escribe veinte y veintinueve páginas. El 12 de junio termina la primera redacción. Escribe en su diario: «Estoy completamente agotado y exhausto. Durante tres meses me he ocupado incesantemente con la obra. A veces todo el día y por la noche, desafiando todas las reglas, a riesgo de poner en peligro mi salud.» Nunca trabajó tan duramente y durante tanto tiempo. Ha tenido paciencia, decisión y su esfuerzo ha sido concentrado.

El joven poeta Longfellow pasa por Madrid, tiene entonces veinte años y va a visitarle. Apenas sí le atiende. No tiene tiempo, absorbido en esta vida de Colón.

El incansable viajero, sin objetivo inmediato, que ha sido y es W. Irving, emprende ahora un largo viaje, el viaje de Colón, que tiene un objetivo inmediato: el descubrimiento del camino de las Indias.

Rodeado de libros y de manuscritos, Irving, desde el primer momento, se identifica con Cristóbal Colón. La identificación con Cristóbal Colón facilita la lectura de la obra, porque cualquier hecho de la vida del Almirante está cargado de emotividad. Ahora, los documentos, al hilo narrativo, se animan; las anécdotas son inolvidables y sorprendentes, y el sentimiento reaviva los sucesos de la historia. Es una crónica viva. Irving va al encuentro de los grandes hombres del pasado, como antes emprendiera viaje a Europa con el deseo de conocer a los grandes hombres de su tiempo. Para Irving, Colón es una figura noble, de ánimo emprendedor, y su carácter moral, unido a la magnanimidad, el tesón, la obstinación y persistencia es ejemplo de personalidad admirable.

A lo largo de los 18 libros y los 123 capítulos de que consta esta obra de *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, W. Irving no cesa en su admiración contenida por Colón. Unas veces elogia su cordialidad; otras, el vuelo entusiasmado de su fantasía y su cualidad de visionario, así como la exaltación de su espíritu. Destaca su buena fe y amistosa conducta hacia los naturales; hace notar su intrepidez, su prudencia y la humildad y la resignación en los malos momentos, su lealtad y su rectitud de conciencia. Dice: «Le caracterizaba la sublimidad en las ideas y la magnanimidad de espíritu..., su ambición era elevada y noble, altos sus pensamientos... Era, sin duda, un visionario, pero visionario de especie extraordinaria y afortunada. El modo con que un vigoroso juicio y una sagacidad aguda refrenaban su imaginación y naturaleza mercurial y ardiente, es la facción más notable de su fisonomía moral.»

W. Irving alaba su habilidad náutica y hasta los engaños y estratagemas de que se vale para calmar a los marineros o lograr alimentos de los indígenas, prediciendo un eclipse.

Para los sucesos que pudieran desacreditar a Colón, según la óptica de los tiempos modernos, Irving siempre encuentra una disculpa: la época era así y hay que juzgarle conforme a los criterios de la época. Por eso, de vez en cuando, en los momentos más graves, Irving interrumpe el relato con estas reflexiones morales: «El breve bosquejo que he dado de la política de Ovando, en ciertos puntos en que se censura a Colón,

puede dar al lector medios de valorar con más precisión la conducta de éste. No debe examinársele sin examinar al mismo tiempo la era en que vivía. Comparando sus medidas con las de hombres de sus mismos tiempos, celebrados por sus virtudes y talentos, puestos en la misma situación expresamente para corregir sus faltas, veremos cuán virtuosa y sabiamente gobernaba Colón en las circunstancias y particulares de que estaba rodeado.»

Se inspira y documenta Irving en los libros de Marco Polo, de Sir John Mandeville, y en los cronistas del tiempo de Colón: Pedro Mártir de Anglería, Las Casas, González de Oviedo, en el propio diario de Colón y en sus cartas, en los documentos de Fernando Colón, en las crónicas de Jerónimo Zurita, de Andrés Bernáldez —llamado Cura de los Palacios—, en Fernando López de Gomara, en Genzoni, en Acosta, en Mariana, en Garcilaso de la Vega, el Inca; en João de Barros y en Herrera. De todos ellos Irving conoce las cualidades y defectos y sabe a qué atenerse respecto a su veracidad.

Irving, desde el primer momento, nos dice que él no aporta nada nuevo documental: lo único original es su propia interpretación y el estilo del escritor, unido a la elegancia de su forma narrativa.

Su libro es biografía e historia a la vez, engarzadas hábilmente con suma amenidad. Todos los datos son auténticos, referidos por los cronistas que lo vieron. Irving da siempre más crédito a los cronista que le parecen más objetivos.

No cabe duda que Irving sentía profunda simpatía por su personaje y que, al resaltar las cualidades morales de Colón, Irving daba muestras de la suya. Thackeray, amigo de Irving, cuando escribe sobre él, menciona siempre «Irving's moral quality». El crítico, Campbell, elogia la obra porque «he had added clarity to the English tongue», así como «elegance and finish of stile (which seems to have been as natural to the man as his amiable manner)».

Durante la gestación de la obra sobre la vida y viajes de Cristóbal Colón, Irving descansa y trabaja en mayo del 26 en Aranjuez y en agosto en La Granja. En este mes de agosto, mientras redacta un capítulo, al encontrarse datos sobre la toma de Granada en la *Crónica de la conquista de Granada*, se interrumpe para escribir su libro sobre el mismo tema. En su diario ahora escribe la palabra «Granada», «Granada», «Granada».

En noviembre vuelve a trabajar de nuevo en Colón. La redacción de la obra casi está terminada. El manuscrito va a Londres, al editor Murray, que después de muchas dilaciones, el 16 de enero dice que sí, que lo edita. El coronel Thomas Aspinwall, que hizo de intermediario, como un agente literario, transmite a Irving las palabras que Murray dijo después de leer la obra: «It is beautiful, beautiful, the best thing he has even written.» En efecto, según S. T. Williams, biógrafo de Irving, éste, en la *Vida y viajes de Cristóbal Colón* mejora el texto de los antiguos historiadores, hace más dramáticos los episodios, inyecta emociones y juicios morales. Al final de los capítulos va la meditación y las reflexiones del biógrafo, las consideraciones sobre la historia y la condición y los sucesos de la vida humana.

El 8 de febrero de 1828, Murray publica en Londres los cuatro volúmenes de *Columbus*. W. Irving se entera mucho más tarde de la publicación de la obra. Ahora ya está metido en otra aventura literaria y en otro viaje. Se ha mudado a la plazuela

de Santa Cruz, 9, y después de estudiar en la biblioteca del colegio de los jesuitas de San Isidro, en la calle de los Estudios, y de ser presentado al rey, al que pide autorización para consultar la Biblioteca Colombina, en Sevilla, emprende viaje a Andalucía con su amigo el pintor David Wilkie.

En Sevilla empieza a tomar datos para un segundo libro que se va a titular *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, inspirándose en el tercer tomo de «la inestimable colección histórica de don Martín Fernández de Navarrete» y en el segundo tomo de la *Historia general* de Oviedo, que no existía sino manuscrita y cuya copia encontró en la Librería Colombina. Igualmente se sirve de los documentos del pleito entre don Diego Colón y la Corona, que existían en los Archivo de Indias, y posteriormente corrige datos sirviéndose de la obra reciente de Manuel José Quintana.

Pero volvamos a la *Vida y viajes de Cristóbal Colón*. Sin prisas y sin pausas, casi durante dos años, Irving ha escrito estos cuatro volúmenes que un buen lector tardará varios días en leer, aunque al principio sienta cierto temor de iniciar la lectura. Pero ¡oh, sorpresa! (*mirabili dictu*, que dirían los antiguos): el lector, desde que empieza, sigue cada vez con mayor atención la trayectoria vital y viajera de Colón. Se embarca en esta empresa descabellada en apariencia, y cada día de lectura descubre una nueva isla. Es todo tan maravilloso, es todo tan interesante como una buena novela de intriga y de caracteres.

Menéndez Pelayo considera el libro de Irving como uno de los más agradables de leer que puedan encontrarse acerca del Almirante de Castilla.

En diciembre, W. Irving es elegido miembro de la Real Academia de la Historia. Es el segundo norteamericano académico. El primero fue J. Ticknor.

La imagen romántica de España, no obstante las salvedades, se refleja en la vida de Colón. El idealismo de Irving se proyecta en el libro. La realidad idealizada, como diría su amiga reciente Fernán Caballero, aparece en sus libros, aunque las digresiones morales no tengan nada que ver con las de la escritora andaluza.

En el prólogo a los *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, que puede aplicarse a la *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, Irving esboza toda una teoría. Dice: «El espíritu caballeresco de los españoles entró por mucho en sus primeras expediciones, revistiendo a éstos de un carácter enteramente opuesto al que han tenido otras empresas del mismo género.» Ocho siglos de combates y de guerras continuas hicieron que el español naciese soldado. «De ahí provino, en gran parte, el espíritu a la vez belicoso y caballeresco, mezclado con la áspera franqueza del marino y la sórdida ambición del mercenario aventurero, que caracterizó las primeras expediciones de los españoles...»

Empieza Irving la vida de Colón desde su juventud y su vida náutica. Describe la piratería marítima. Colón, desde el primer momento, demuestra su espíritu determinado y tenaz y sus indomables resoluciones. La fecundidad de sus recursos le lleva de un lado a otro, a pesar de las dificultades. Los antecedentes del viaje de Marco Polo a Cipango y Catay, allá por la lejana Tartaria, los descubrimientos de las islas Madeira, de la brumosa Thule que es Islandia, adonde llegaron los ingleses desde Bristol, los viajes de los vikingos a Vinland y a las islas Feroë y el periplo del veneciano Nicolo Zeno al Africa, y la leyenda de la isla de San Borondón, son motivos para que la

imaginación incandescente de Colón se dispare hacia lugares más lejanos. Las descripciones del judío español Benjamín de Tudela, que salió de Zaragoza en 1178 para visitar los restos de las tribus hebreas y llegó a China; la leyenda del preste Juan y la aplicación del astrolabio a la navegación, son los antecedentes del osado proyecto del descubrimiento.

La peregrinación de Colón por las Cortes de Portugal y de España inspira a W. Irving, como es su costumbre, una reflexión filosófica en favor de su biografiado: «... tenía, en cierto modo, que ir pidiendo limosna de corte en corte, para ofrecer a sus príncipes un mundo».

En la *Descripción de los caracteres de Fernando e Isabel*, Irving, a la manera de aquel Hernando del Pulgar, detalla las cualidades de cada uno. Se exalta en la descripción de Isabel, por la que siente profunda admiración. Irving hace desfilar la conocida historia con nuevos pormenores: Colón ante el Consejo de Salamanca, Colón siguiendo a la corte en sus campañas, Colón y el gran cardenal Mendoza, arzobispo de Toledo, «el tercer rey de España»; Colón en La Rábida.

Irving se entusiasma cuando, por fin, Colón logra verse apoyado e inicia su empresa, y no puede por menos de exclamar, lleno de admiración: «Con entusiasmo digno de ella misma y de la causa que patrocinaba, exclamó Isabel: “Yo entro en la empresa por mi corona de Castilla, y empeñaré mis joyas para levantar los fondos necesarios.” Este fue el más noble momento de la vida de Isabel: por él durará siempre el nombre, como patrona del descubrimiento del Nuevo Mundo. Isabel fue de allí en adelante el alma de esta grande empresa. La estimulaba su generoso y alto entusiasmo, mientras el rey permanecía frío y calculador, en éste como en todos los negocios.»

El 12 de mayo sale Colón de Santa Fe para Palos de Moguer. Después de la descripción de todos los trabajos de Colón para lograr apoyo en su empresa, Irving nos ofrece otra entusiasta meditación moral, inspirada por la energía y la persistencia de Colón. Dice: «Los que sientan desfallecer su ánimo y desvanecerse su voluntad, cuando graves dificultades se oponen a la prosecución de un objeto grande y digno, acuérdense de que se pasaron dieciocho largos años desde que Colón concibió su proyecto hasta el día en que se vio habilitado para llevarlo a cabo: que la mayor parte de este tiempo lo pasó en desesperadas pretensiones, sumido en la mayor miseria, sin más patrimonio que el ridículo, sin recibir más remuneración por los hermosos días de su juventud que sacrificaba en aras de la ciencia que el desprecio de injuriosos epítetos. Cincuenta y seis años eran los de su edad cuando ciñó sus sienes la corona del triunfo. ¡Alto ejemplo de constancia y magnanimidad, digno de ser venerado, ya que no sea tan fácil su imitación!»

El viaje ha empezado. A través de calmas y tempestades, sin ver más que cielo y agua, navega Colón treinta y tres días de angustia, de esperanza y desesperación, hasta que el grito de «¡Tierra!» le pone en contacto con las islas del Caribe, que él cree de las costas de Cipango. Bella es la descripción de la naturaleza tropical. Aromáticas hierbas embalsaman el ambiente con fragancia deliciosa. Cigüeñas y flamencos recorren las marismas, diversas aves sobrevuelan las arboledas y las florestas. Colón goza, como gozan los cronistas al describir la naturaleza espléndida, y las palmas, los cocos, los ananás, las piñas. Tan pronto miran a los corvejones y palomas silvestres

como a las nubes de mariposas. Atraen su atención los caimanes o aligadores. Sobre las arenas de las playas hay conchas de nácar y madreperlas. Algunas veces parece el paraíso terrenal. Colón va dando nombres nuevos a la geografía descubierta: cabo de Gracias a Dios, Costa de los Mosquitos, La Española, Costa de Limonares, río del Desastre, nomenclatura que refleja los sucesos del momento. Sigue bautizando: La Huerta, Puerto Bello, Nombre de Dios, Puerto de Bastimentos, Belén, Las Tortugas, Puerto Bueno, etc... Irving dice: «Colón continuó por algunos días costeano lo que quedaba de Cuba, y celebrando con entusiasmadas palabras la magnificencia, frescura y colorido del paisaje, la pureza de las aguas, y el número y comodidad de los puertos. Su descripción de uno, al que dio el nombre de Puerto Santo, es una muestra de cuán poderosamente los grandes espectáculos de la naturaleza hablaban a su alma. La amenidad de este río, exclama, la claridad del agua, en la cual se veían hasta las arenas del fondo, y multitud de palmas de varias formas, las más altas y hermosas que he hallado, y otros infinitos árboles grandes y verdes, el armonioso canto de sus aves, el verdor de sus campiñas, serenísimos señores, hacen que este país sobrepuje en lo ameno, deleitoso y pintoresco a todos los demás países del mundo conocido, como el día en luz a la noche...»

Y se incorporan a la lengua palabras nuevas: almástiga, aloe, utía, guanaco, guanín (oro de baja calidad), aguacate, batata, chirimoya, patata. Y Colón cree ver todo lo que ha leído en los libros, dice haber visto sirenas con pelos largos, aunque muy feas, posiblemente serán focas. Y también reconoce a las amazonas, ya que su inspiración libresca le hace creer que se encuentra en las islas de las Amazonas, cerca de Asia, a las que se refirió Marco Polo.

Sorteando bancos y cayos, a punto de naufragar, con tiempo borrascoso, entre violentas rachas de viento y lluvia descubre la isla de Jamaica, y posteriormente prosigue entre el dédalo de islas del Caribe, sufriendo los embates de los elementos, unas veces las impetuosas tormentas de los trópicos que desgarraban las velas y rompían las jarcias, otras los peligrosos tifones y mangas de agua. Las anécdotas son curiosas: «Del buche de un tiburón sacaron una tortuga viva.» A la vista de los canibales o caribes el cronista Pedro Mártir exclama: «No cabe ya duda sobre los lestrigones y polifemos que se alimentan de carne humana.»

Si el relato de la vida y viajes de Colón es toda una gran novela apasionante, introduce W. Irving pequeñas novelas, a la manera de las que introdujo Cervantes en la primera parte del Quijote. Son los sucesos con argumento propio, como el de aquella mujer del cacique muerto que al subir al barco español, se enamora de otro cacique apresado: Caonabo; o las historias de rivalidades entre miembros de la colonia, con sus traiciones, fugas y persecuciones. Destacan figuras interesantes, heroicas, casi míticas, como la de Alonso de Ojeda, verdadero fenómeno, indemne siempre entre los lances más peligrosos.

Punto por punto, alcanzado el clímax de la biografía, sigue Irving el anticlímax, lamentándose de que así sea. Llega Aguado a La Isabela para investigar la vida de Colón, manchada por las viles calumnias de sus enemigos, a los que Irving califica de chusma, conspiradores, espíritus bajos, envidiosos y murmuradores indignos y bajas personillas. Las conspiraciones, los motines, las facciones y turbulencias de estos

enconadísimos enemigos de Colón son origen de la persecución que va a sufrir el Almirante. Irving explica que el origen de las disidencias es más profundo: se forma una especie de facción aristocrática en la colonia, que consideraba a Colón y a su familia como meros mercenarios que buscaban la degradación de los hidalgos y caballeros españoles. Aparecerá Margerite, luego Bobadilla, y Colón volverá encadenado a España. Ninguna novela de Walter Scott, gran amigo de Irving, es tan interesante como esta historia verdadera.

Describe Irving las bajas pasiones de algunos españoles. Irving siempre del lado de Colón exclama: «Se cansa e impacienta el ánimo al describir, y debe llenarse de indignación el pecho del lector generoso al leer aquella prolongada e infructuosa lucha de un hombre del mérito exaltado e incomparables servicios de Colón, con aquellos despreciables rufianes.»

Concienzudamente, Irving relata los cuatro viajes de Colón, el descubrimiento de la costa de Honduras, el viaje a Costa Rica, analiza los abusos de la política de Ovando y los crímenes contra los indios en esa zona del Caribe. Después de relatar Irving horribles pormenores tomados de Las Casas, el escritor se siente en la obligación de añadir estas palabras de disculpa: «Se hubieran suprimido estos hechos en la presente obra, vergonzosos para la humanidad, porque su autor no quisiera mancillar el honor de una nación valiente, noble y generosa. Pero sería separarse de la verdad histórica, teniendo los documentos delante de los ojos, pasar en silencio actos tan atroces, recordados por testigos cuya veracidad no puede dudarse. Estas ocurrencias hacen ver hasta dónde llega la crueldad humana, cuando la estimulan la avaricia, la sed de venganza o un celo mal entendido por la causa de la santa religión. Todas las naciones han dado a su vez pruebas de esta verdad vergonzosa. Pero, como sucede en el caso que ahora se discute, son generalmente los crímenes de los individuos, más bien que los de los Estados. Por eso debe un gobierno vigilar cautelosamente a aquellos en que delega el poder en una remota y desesperada colonia... El sistema de Colón nunca fue cruel ni sanguinario. No hizo inútiles devastaciones ni impuso castigos dictados por la venganza. Su deseo era civilizar a los indios y hacerlos súbditos útiles, no oprimirlos, perseguirlos ni destruir su raza. Cuando vio la desolación a que se los había llevado de sobre la haz de la tierra, mientras su autoridad estuvo suspendida, no pudo reprimir la fuerte expresión de sus sentimientos...»

En este inmenso cuadro histórico, donde no faltan las p:nceladas de color, Irving, asombrado ante la epopeya del descubrimiento, aparece como un hispanista favorable. Sufre al ver a Colón debilitado por las enfermedades, empobrecido en su vejez. La muerte de Isabel fue un golpe fatal para la suerte de Colón. Irving rinde homenaje a la favorecedora de su biografiado: «Fue el suyo uno de los más puros espíritus que jamás gobernaron la suerte de las naciones... Ella suavizó la suerte de los indios... De todos modos, el nombre de Isabel brillará siempre con radiación celestial en la aurora de sus fastos.»

El lector ha llegado al final después de recorrer mares procelosos y más procelosas antepasadas de las cortes y de los palacios y de los monasterios. Ha visto erigirse fortalezas y bastiones, ha navegado en carabelas y bajeles, ha presenciado luchas y emboscadas. Por medio de bosques y cordilleras ha descubierto nuevas regiones del

globo. Ha seguido la próspera y la adversa fortuna no sólo de Colón, sino de sus compañeros o enemigos, a muchos de los cuales se los ha tragado el mar una noche de tempestad huracanada. La grandeza de la empresa es evidente, así como los esfuerzos del gran hombre que es Colón para convencer a sus compatriotas de la magnitud de su obra. Dice Irving: «Después de haber estado por espacio de tantos años persuadiendo al género humano de que había un mundo por descubrir, tenía casi igual trabajo en convencerle de que era útil el descubrimiento. Este fue uno de los rasgos más singulares de su historia.»

Irving, después de terminar su *Colón*, se encierra en el palacio de la Alhambra y allí deja volar su fantasía en la alfombra oriental de sus *Cuentos de la Alhambra*, pero allí mismo concebirá la idea de otra biografía, la de Mahoma. Y posteriormente escribirá la de Oliver Goldsmith, y ya en su retiro americano de su casa de Sunnyside escribirá la *Vida de George Washington*. Se ha hecho famosísimo. Hoteles, barcos de vapor, calles y plazas llevan su nombre, así como vagones de tren y hasta marcas de cigarros. Los *Cuentos de la Alhambra* han sido traducidos a todos los idiomas, y la bibliografía sobre ellos es extensísima. La *Vida y viajes de Cristóbal Colón* le ha dado fama como biógrafo y le ha llevado por el camino de la biografía. En el centenario de su nacimiento, este libro está casi olvidado, injustamente olvidado en las grandes bibliotecas. El mejor homenaje sería una reedición.

CARMEN BRAVO-VILLASANTE
Arrieta, 14
MADRID